

MATERNIDADES ILÍCITAS

Autoras:

Paola Bonfigli (CEA)

Ornella Castellani (CEA)

Bibiana Luque (CEA)

EJE 3: Cultura y política. Producciones y prácticas culturales y artísticas transformadoras

Palabras clave: maternidad, abyección, literatura.

Este trabajo tiene sus inicios en nuestra investigación anterior *"Las relaciones de poder entre mujeres y las construcciones de género en el marco de la institución familiar"*. En ella analizamos los modos en los que diferentes textos literarios construían a la familia como institución fundante de las identidades de género, la cual pone en funcionamiento una sexualidad normativa. En el marco de esa norma la mujer aparece en la mayoría de los cuentos, vinculada a su "destino de madre", figura que siempre resulta controversial, en la medida en que en torno a ella se generan vínculos problemáticos.

A partir de lo expuesto nos proponemos reflexionar sobre el modo en que la literatura construye la maternidad en el marco de las relaciones de poder familiares entendiendo a la familia como *"el sitio donde se ponen en juego relatos y se negocian posiciones de poder discursivo e interpretativo"* (Nora Domínguez, 2007 p. 16).

Para el presente trabajo se analizarán dos cuentos que ponen en tensión la figura de la maternidad: "El retrato mal hecho", de Silvina Ocampo y "Patrón" de Abelardo Castillo.

Entendemos la maternidad, desde la perspectiva de Nora Domínguez como: *"Una relación social en tanto genera vínculos, práctica, deseos, construye identidades, hace circular valores, cuerpos y discursos, produce creencia y es a su vez producida por ella. Ser madre no significa solo concebir un hijo y parirlo sino seguir una serie de prácticas y acciones que regulan una producción sentimental específica"*. (2007, p. 39).

La identidad de madre se conforma entonces por discursos producidos desde diferentes esferas de la praxis social, que tienen la capacidad de generar efectos sobre los sujetos, es decir, de producir conductas, comportamientos, acciones, y también deseos, sentimientos e identidades. Esta identidad se prefigura, en nuestra sociedad y a lo largo de la historia, como destino inherente a la condición de mujer. La maternidad es el rol que define la identidad femenina. Se trata de una figura naturalizada por nuestra cultura que funciona como una ley obligatoria.

Ser madre implica ajustarse a una serie de normas consensuadas por nuestra cultura que regulan y dan forma a un modo de ejercer la maternidad. Implica reescribir una y otra vez el relato que otros discursos han ido tramando para darle una voz y un cuerpo; relato que establece también lo que queda fuera: el espacio de los sujetos excluidos y marginados.

En los cuentos que pretendemos analizar las mujeres se ubican al margen de ese ideal hegemónico. Son madres que no quieren a sus hijos. Sus conductas y sentimientos están por fuera de los límites de lo socialmente aceptable y por esa razón se configuran como **sujetos abyectos**: actúan en el límite de la perversión y el horror. Se trata de sujetos femeninos que se constituyen de manera consciente por fuera de la norma o como dice Butler se ubican en "el exterior constitutivo del campo" como sujetos marginales que resisten al ideal de la heterosexualidad obligatoria. Son mujeres que eligen configurar su identidad en contra de la ley.

En este sentido, los cuentos proponen una ruptura con el ideal regulatorio que supone madres afectuosas, comprensivas, y protectoras de sus hijos. Lejos de eso, sienten a sus hijos

como “otros”, como extraños dentro y fuera de sus cuerpos, como seres ajenos con los que no pueden identificarse y por los que no sienten amor. La presencia de los hijos las acosa y las amenaza en la medida en que les recuerda aquello que han tenido que relegar como mujeres en el caso de “El retrato mal hecho”; y la opresión y la violencia en el caso de “Patrón”.

Las consideramos madres abyectas no sólo porque llegan al infanticidio sino también porque nunca se establece un vínculo entre madre e hijo. Los discursos que se han apropiado de la maternidad, como la ciencia, la teología, la política definen y delimitan hasta los sentimientos que deben desprenderse del acto de ser madre. La unidad que existe biológicamente entre madre y feto dispara una serie de relatos que ponen el énfasis en una conexión sentimental entre ambos, marcada por el amor, el deseo de vida y de protección.

Para estudiar esta forma de maternidad haremos uso del concepto de **maternidades inapropiadas** que Silvana Darré define en su obra *Maternidad y Tecnologías de género*. Para la autora la maternidad históricamente ha sido y es una “cuestión de estado”, en el sentido de que su construcción estuvo y está vinculada a modos de pensar el funcionamiento de la sociedad.

Así analiza en su obra distintas pedagogías sobre la maternidad que han utilizado diferentes instituciones a lo largo de la historia y que han servido para definir lo apropiado y lo inapropiado para las madres. Estas pedagogías conforman tecnologías de género. En este sentido, *“Las pedagogías maternas en tanto tecnologías de género (tienen) la capacidad de representar y producir modos de ser y de hacer, procesos y productos que construyen nuestra subjetividad”* (Silvana Darré, 2013, p.11)

La noción de tecnología de género se vincula al mismo tiempo al concepto de dispositivo, definido como un conjunto heterogéneo de discursos, instituciones, normas, leyes, proposiciones morales, etc., que responden a un fin estratégico.

Dentro de este dispositivo, la maternidad inapropiada se configura como la maternidad insensata o ilegítima, es decir, como una trasgresión a lo esperable y a lo establecido socialmente.

Maternidad forzada

La manera en la que empieza el cuento “Patrón” cuando le enuncian a Paula que está embarazada *“(…) y ella sintió un miedo oscuro y pegajoso: llevar una criatura adentro como un bicho enrollado, un hijo, que a lo mejor un día iba a tener los mismos ojos duros, la misma piel áspera del viejo.”* (Castillo, 2010, p. 132), parece ser una representación errada, impensable o quizás pasajera, de lo que una mujer puede sentir al enterarse de su embarazo.

Sin embargo esa sensación es muy parecida a la que expresa Simone de Beauvoir: *“Con frecuencia no parece maravilloso sino más bien horrible que un cuerpo parásito prolifere dentro de su propio cuerpo; la mera idea de esa monstruosa hinchazón la atemoriza... es presa de imágenes de hinchazón, desgarramiento, hemorragia”* (1975, p. 336)

Estas citas nos revelan un lado oscuro de la maternidad, casi nunca dicho: el asco, el horror por esa posibilidad biológica de toda mujer que es la concepción.

El cuento nos habla de una mujer que será casi regalada o vendida por su abuela a un hombre entrado en años, dueño de toda las tierras del lugar, para que cumpla su deseo de descendencia. Paula se ve obligada a aceptar el matrimonio para salvar a su familia de la miseria. Esta situación representa el apogeo del patriarcado, el intercambio de mujeres para perpetuar un linaje, la “fagocitación” de las mujeres, como enuncia Victoria Sau, para mantener la jerarquía masculina y asegurarse al mismo tiempo la continuación de sí mismo.

Pero una vez cumplida la fagocitación sólo un miembro de la especie pasa a ser nombrado: el hombre en tanto que Padre. Este da nombre a todo lo que le pertenece, empezando por esa mujer puesta a ser madre, una vez empuñada y devorada. Nombre

sin el cual nada existe pues sólo existe, valga la redundancia, lo que puede ser nombrado. Como la marca de fuego que diferencia las reses, de una u otra ganadería, de uno u otro amo, las madres-función-del- Padre y sus descendientes aparecen rotuladas con el nombre del que las posee. (Sau, 2004, p. 28)

Del mismo modo, en el cuento, Paula se configura como un objeto propiedad de Antenor. Semejante a la marca que lleva el ganado en el campo, es la que Paula lleva en su cuerpo. Ese sello la identifica como pertenencia o posesión del hombre:

¡Contesta! Contestame, yegua.

El bofetón la sentó en la cama; pero no lloró. Se quedó ahí, odiando al hombre con los ojos muy abiertos. La cara le ardía (...)

Una ternera boca arriba, al día siguiente en el campo. Paula la vio desde el sulky, cuando pasaba hacia el pueblo con el viejo Fabio. Olor a carne quemada y una gran "A", incandescente, chamuscándole el flanco: Paula se reconoció en los ojos de la ternera. (Castillo, 2010, pp. 138-139)

La cita confirman que desde la percepción del hombre el cuerpo de Paula se asemeja al de un animal, lo que la aleja de su condición de sujeto.

Así se configura nuestra protagonista, como un cuerpo funcional a los intereses de su patrón y de su propia familia, los cuales también representan los intereses de toda una sociedad que se estructura en los pilares del patriarcado. El matrimonio permite la apropiación de la mujer que pasa a ser patrimonio del hombre, junto con la tierra y su descendencia. Dentro de esta lógica, la maternidad ha sido el deseo/ destino obligado e impuesto de toda mujer, cuya identidad se mide en su potencialidad procreadora.

Los múltiples discursos que configuran la maternidad crean un entramado simbólico que dirige los deseos y las prácticas de las mujeres. Este entramado está atravesado por discursos tan diversos como el jurídico, el religioso el científico, el tecnológico; desde estos ámbitos de la praxis social se ha disputado históricamente el control sobre el cuerpo de la mujer, específicamente sobre su función reproductiva.

La maternidad, como rol naturalizado de las mujeres, ha sido la que mantiene más firmemente la separación bimembre de género y las jerarquías que la sustenta. Anclada en lo puramente biológico, la mujer es construida como un cuerpo funcional. Es así que todas las posibilidades de identificación de las mujeres se tejen a partir de la capacidad de procrear y todo el conjunto de representaciones culturales que ello implica. Esas representaciones no tienen en cuenta la individualidad de las mujeres, por lo tanto la figura de la madre adquiere un carácter universal y conjuntamente ideal y mítico. La figura de "La Madre" es más un ideal regulador que una existencia en sí misma. A partir de allí se definen las buenas y las malas madres, siendo ambos polos necesarios para sostener el modelo.

El lado oscuro de la maternidad, siguiendo esta lógica, estaría conformado por las malas madres, como por ejemplo aquellas mujeres que no desean a sus hijos. Lugar que ocupan sin que se tenga en cuenta el contexto y las condiciones en que esos hijos han sido concebidos. Paula, la protagonista de nuestro cuento, encarna el extremo del modelo negativo: la madre asesina. Cuando el marido de Paula queda postrado en una cama, la mujer planifica el modo de vengarse del maltrato al que la había sometido durante años. Mientras cuida del viejo y transcurre su embarazo, se va deshaciendo de todos los empleados de la estancia. Cuando finalmente quedan solos, da a luz al hijo reclamado y se lo entrega a Antenor decidida a abandonar la estancia.

El chico comenzó llorar. El viejo abrió la boca, busco sentarse y no dio con la correa. Durante un segundo se quedo así, con la boca abierta en un grito inarticulado y feroz (...) Cuando salía del cuarto, Paula volvió la cabeza. Antenor estaba sentado nuevamente, con una mano se aferraba a la correa. Con la otra, sostenía a la criatura (...) Al salir, Paula

cerró la puerta con llave. Después, antes de atar el sulky, la tiró al aljibe (Castillo, 2010, p. 145)

Paula, a través del filicidio, atenta no sólo contra la vida sino contra el legado de la cultura sostenida por las leyes del parentesco sanguíneo y contra la hegemonía masculina. Se posiciona del lado de la abyección absoluta, transforma su cuerpo y su hijo en instrumentos de venganza. Más allá del acto ilícito que implica el crimen, la escena se vuelve horrorosa no sólo por lo que se cuenta sino por lo que implícitamente se deja entender. El acto se vuelve siniestro en la medida en que no asesina ni al hombre ni al hijo, pero los deja padecer una espantosa agonía.

Paula, habiendo conseguido la legitimidad que le otorga el matrimonio y la familia, la pertenencia a una clase hacendada, resiste desde lo ilícito, burlando los mandatos sociales y los supuestos sobre los que se sustentan la maternidad y la identidad de las mujeres.

La maternidad no deseada

El cuento “El retrato mal hecho” de Silvina Ocampo narra el agobio de una mujer frente a la maternidad. Sus hijos no son motivo de alegría sino más bien aquello que la oprime y la obliga a encajar en un rol que la incomoda. Eponina pertenece a la burguesía comodada porteña y vive en un mundo de ocio y repleto de frivolidades: *“La vida era un larguísimo cansancio de descansar demasiado. La vida era muchas señoras que conversan sin oírse en las salas de las casas donde de tarde en tarde se espera una fiesta como un alivio”* (Ocampo, 2006, p. 32)

Eponina parece vivir “en postura de retrato al hecho” lo que de algún modo representa su modo reprimido de vivir, forzando o fingiendo ser alguien que no desea.

Cuando la narradora expresa que Eponina tenía el rostro borrado, como un “retrato mal hecho”, de alguna manera da a entender que este personaje ha perdido hasta su condición de sujeto. Esta madre a la cual le incomodan sus hijos, a los que ve como “ladrones de su adolescencia que nadie lleva presos”, ya no se siente mujer.

Como expresa Nora Domínguez en su obra *De donde vienen los niños: “Nacidos los hijos, muertas las madres; mejor dicho, muerto lo que de mujer tenía la madre. Se trata de mujeres que no tienen un yo autónomo, sólo y únicamente tienen un hijo. Su pasado se borra mientras ella cumple con su destino correcto”*. (2007, p. 38)

Pero al mismo tiempo, Eponina tampoco puede reconocerse como madre, no habla un lenguaje materno, su voz no establece ningún vínculo; inclusive el día en que encuentra muerto a su hijo su voz es “hablada” por una revista de moda femenina que describe la escena como si se tratara de un maniquí.

Ana, la ama de llaves, es la contracara de Eponina. Es una mujer alegre, activa que se ocupa de todos los quehaceres de la casa y que sustituye el rol materno del que Eponina no se hace cargo. Mientras que Eponina es el “retrato mal hecho” de una madre, Ana encarna el ideal. En este sentido, es posible pensar que Ana completa a Eponina cuando asesina a uno de los hijos de su ama:

Ana se convierte finalmente en el doble de su ama. Es el brazo ejecutor de Eponina, el que esta “con involuntaria frecuencia dejaba caer. Ana hace lo que Eponina no se permite ni puede, pero desea hacer. A su vez, Eponina es un personaje, recortado sobre los rasgos de la melancolía: la tristeza y la apatía dominan sus carácter y, en el límite, acepta con una sonrisa la evidencia de su hijo asesinado (Mancini Adriana, 2003, p. 266-267)

En el abrazo final entre las dos mujeres, ambas parecen perder la individualidad. Bajo el registro del género fantástico, es posible pensar en la figura del doble, encarnada por estas dos mujeres, que constituyen los dos extremos posibles de la maternidad. Extremos que se

funden en el crimen y de esta manera, el cuento pone de manifiesto el lado oscuro y oculto del rol materno.

A modo de cierre

En ambos cuentos se trata de maternidades inapropiadas e ilícitas. Son mujeres que no han podido apropiarse de las representaciones maternas. A pesar de la diferencia de clase, ambas mujeres son víctimas del sistema patriarcal. Como expresa Simone de Beauvoir: *“no se puede obligar a las mujeres a tener hijos, lo que se puede hacer es encerrarlas en situaciones en las que la maternidad es la única salida”* (1975). Frente a esta situación elijen el crimen como el modo de resistir al mandato. *“Dar vida, traer un hijo al mundo es traer una voz, darle cuerpo y entidad, situarla, disponerla para el habla y el oído, y luego, ocultarse.”* (Nora Domínguez, 2007, p. 32)

En ese sentido, tal como lo explica Nora Domínguez, el acto de la maternidad coloca a la mujer en un segundo plano, de algún modo queda oculta detrás de los discursos del hijo. En los cuentos que analizamos, la resistencia de estas mujeres frente a la maternidad es también una resistencia a la posibilidad de quedar ocultas como sujetos. Estas mujeres se niegan a quedar atrapadas en el rol de madres que nuestra sociedad les ha impuesto como un destino.

Paula y Eponina encarnan esa ambivalencia que se desata en el cuerpo de la mujer: la confluencia de lo público y lo privado. La situación de la maternidad forzada implícita o explícita, sintetiza la lucha de intereses que trascienden el ámbito de lo privado y que construyen a la familia convencional como esa institución necesaria para la transmisión de la cultura. La maternidad no es cuestión de las mujeres, sino una cuestión del Estado patriarcal que regula y controla la reproducción biológica que se convierte así en reproducción social y cultural. De esta manera como expresa Beatriz Preciado:

El cuerpo de las mujeres contiene dentro de sí un espacio público, por cuya jurisdicción se disputan no sólo los poderes religiosos y políticos, sino también las industrias médicas, farmacéuticas y agroalimentarias. De ahí que, como bien señala la historiadora Joan Scott las mujeres hayan estado durante largo tiempo en una situación de “ciudadanía paradójica”: si como cuerpos humanos pertenecen a la comunidad democrática de ciudadanos libres, como cuerpos con úteros potencialmente gestantes, pierden su autonomía y pasan a ser objeto de una intensa vigilancia y tutela política. Cada mujer lleva dentro de sí un laboratorio del Estado-Nación de cuya gestión depende la pureza de la etnia nacional. (2014)

A través del realismo más crudo o del cruce con lo fantástico, estos cuentos muestran uno de los límites de la maternidad poco abordado, que incitan a la revisión del modelo y a la deconstrucción de la figura de la madre como sujeto clave para sostener la jerarquía masculina.

BIBLIOGRAFÍA

Textos Literarios

CASTILLO, Abelardo (2010) “Patrón” en *El libro de lectura del Bicentenario – Secundaria 2*.

OCAMPO, Silvina (2016) “El retrato mal hecho” en *Cuentos completos I*. Buenos Aires, Emecé Editores.

Textos Críticos y Teóricos

DARRÉ, SILVANA (2013) *Maternidad y Tecnologías de género*. Buenos Aires, Editores Katz.

DE BEAUVOIR, SIMONE (1975) *El segundo sexo*. Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte.

DOMÍNGUEZ, NORA. (2007) *De donde vienen los niños. Maternidad y escritura en la cultura argentina*. Rosario, Beatriz Viterbo Editora.

MANCINI, ADRIANA. (2003) *Silvina Ocampo. Escalas de pasión*. Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.

PRECIADO, BEATRIZ (2014) “Huelga de úteros” en *Revista Números Rojos*. Recuperado de <http://blogs.publico.es/numeros-rojos/2014/01/29/huelga-de-uteros/>

SAU, VICTORIA (2014) *El vacío de la maternidad*. Barcelona, Editorial Madreselva.